DOMINGO XXXIII – ORDINARIO (CICLO A)

Provervios 31,10 ss. *Trabaja como la destreza de sus manos.*

Salmo 127. *Dichoso el que teme al Señor.*

1 Tesalonicenses 5,1-6. *Que el día del Señor no os sorprenda como un ladrón.*

Mateo 25,14-15.19-23. *Has sido fiel en lo poco, pasa al banquete de tu Señor.*

COMENTARIO A LAS LECTURAS

Hermanos, hoy la Palabra de Dios nos invita a pensar en cómo estamos viviendo, qué estamos haciendo con los dones que hemos recibido y, sobre todo, qué lugar ocupan los demás en nuestra vida. Y lo hacemos en un domingo muy especial, porque celebramos también la Jornada Mundial de los Pobres, una llamada de la Iglesia a no olvidarnos de quienes sufren, de quienes viven en la necesidad y de quienes, muchas veces, pasan desapercibidos a nuestro lado.

La primera lectura nos presenta a una mujer trabajadora, responsable, que cuida de su familia y que sabe poner sus cualidades al servicio de los demás. Es una mujer que no vive encerrada en sí misma, sino que trabaja, se esfuerza y está atenta a las necesidades de quienes la rodean. ¡Qué importante es esto también para nosotros! La vida no consiste solamente en recibir, acumular y disfrutar, sino en descubrir qué podemos aportar a los demás. Cada uno tenemos nuestras capacidades, nuestro tiempo, nuestra experiencia y nuestras posibilidades. Y todo eso puede convertirse en una bendición para quienes viven cerca de nosotros.

El salmo nos recuerda que es dichoso quien teme al Señor. Tener temor de Dios no significa vivir asustados, sino reconocerlo como el centro de nuestra vida, confiar en Él y procurar caminar por sus caminos. Quien vive de esta manera descubre que la verdadera felicidad no está en tener muchas cosas, sino en vivir con amor, con sencillez y con un corazón agradecido.

San Pablo, en la segunda lectura, nos invita a estar despiertos y a vivir como hijos de la luz. No sabemos cuándo llegará el día del Señor, pero no se trata de vivir preocupados por el futuro, sino de aprovechar bien el presente. A veces dejamos para mañana una palabra de cariño, una visita, una reconciliación o una ayuda que podríamos ofrecer hoy. Y, sin embargo, el amor no puede esperar siempre. El momento de hacer el bien es ahora.

En el Evangelio, Jesús nos cuenta la parábola de los talentos. Un señor confía sus bienes a sus servidores y, al regresar, les pide cuentas de lo que han hecho con ellos. A los que han sido fieles y han hecho fructificar lo recibido les dice: *«Has sido fiel en lo poco, pasa al banquete de tu señor»*.

Esta parábola nos enseña algo muy importante: Dios ha puesto en nuestras manos muchos dones, aunque no todos tengamos los mismos. Hay quien tiene capacidad para enseñar, quien sabe escuchar, quien dispone de medios económicos, quien tiene tiempo para acompañar a los demás y quien, desde su enfermedad o sus limitaciones, ofrece una palabra de esperanza y una oración sincera. Todos tenemos algo que aportar.

El problema no es tener mucho o poco, sino qué hacemos con lo que tenemos. Podemos enterrar nuestros talentos por comodidad, por miedo o por egoísmo. Podemos pensar que nuestra pequeña aportación no sirve de nada. Pero Jesús nos recuerda que el Reino de Dios crece precisamente cuando cada uno pone lo suyo al servicio del bien.

Y aquí encaja perfectamente la Jornada Mundial de los Pobres que celebramos hoy. El papa Francisco quiso que esta jornada nos ayudara a mirar a los pobres no como personas lejanas, ni como un problema que corresponde resolver a otros, sino como hermanos nuestros, con un rostro, una historia y una dignidad que nadie puede quitarles.

La pobreza tiene muchos rostros. Está en quien no llega a fin de mes; en la familia que no puede pagar el alquiler, o en el inquilino al que le han “okupado” su casa; en el anciano que pasa demasiadas horas solo; en quien no encuentra trabajo; en el inmigrante que viene buscando una vida mejor y en tantas personas que sufren una pobreza que no siempre se ve: la soledad, el abandono, la falta de afecto o la pérdida de esperanza.

Ante estas realidades, los cristianos no podemos mirar hacia otro lado. No basta con lamentarnos de que las cosas van mal ni con pensar que la solución depende exclusivamente de las instituciones. Todos podemos hacer algo. Quizá no podamos resolver todos los problemas, pero sí podemos aliviar el sufrimiento de alguien. Y eso ya es mucho.

Aquí tiene un papel fundamental Cáritas, que es la expresión organizada de la caridad de la Iglesia. A través de sus voluntarios, de sus equipos parroquiales y de tantas personas que colaboran, Cáritas acompaña a quienes atraviesan dificultades, escucha sus necesidades, ofrece ayuda material y trabaja para que puedan recuperar su autonomía y su esperanza.

Pero Cáritas no es solamente repartir alimentos o atender necesidades urgentes. Es, ante todo, acercarse a las personas con respeto, sin juzgarlas, ayudándolas a levantarse y recordándoles que no están solas. Detrás de cada ayuda debe haber una mirada de cariño, una escucha sincera y el reconocimiento de que quien tenemos delante no es un número ni un expediente, sino un hermano.

Por eso, en esta Jornada Mundial de los Pobres, estamos llamados a colaborar con Cáritas, cada uno según sus posibilidades: con nuestro dinero, con nuestro tiempo, con nuestro trabajo voluntario y, sobre todo, con nuestra disposición a implicarnos. Pero no debemos olvidar algo: la caridad no es tarea exclusiva de Cáritas; es res-

ponsabilidad de toda la comunidad cristiana. Cáritas puede organizar y canalizar la ayuda, pero todos estamos llamados a tener un corazón sensible ante el sufrimiento ajeno.

Hermanos, al final de nuestra vida, el Señor no nos preguntará cuánto hemos acumulado, cuántas cosas hemos tenido o cuánto hemos destacado ante los demás. Nos preguntará qué hemos hecho con los dones que nos confió y cuánto amor hemos puesto en nuestra vida. No se trata de hacer cosas extraordinarias, sino de ser fieles en lo pequeño: una visita, una llamada, una ayuda discreta, una palabra de ánimo, una mano tendida.

Pidámosle hoy al Señor que no nos encuentre con los talentos enterrados ni con el corazón cerrado. Que nos ayude a reconocer los dones que hemos recibido y a ponerlos al servicio de los demás. Y que nuestra parroquia sea una comunidad donde los pobres encuentren acogida, respeto, cercanía y esperanza.

Porque, al final, lo verdaderamente importante no es cuánto tenemos, sino cuánto amor somos capaces de dar. Y esa será nuestra mejor preparación para encontrarnos un día con el Señor y escuchar de sus labios aquellas palabras que todos deseamos oír: «Has sido fiel en lo poco, pasa al banquete de tu Señor». Amén.

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

¿Qué talentos y dones me ha confiado Dios y cómo los estoy poniendo al servicio de los demás? ¿Los hago fructificar con generosidad o los entierro por comodidad, miedo o egoísmo?

¿Qué lugar ocupan los pobres en mi vida y en mi corazón? ¿Sé descubrir el rostro de Cristo en quienes sufren la necesidad, la soledad o el abandono? ¿Cómo puedo colaborar personalmente con Cáritas y con la misión caritativa de mi parroquia?

San Pablo nos invita a vivir despiertos y Jesús nos llama a ser fieles en lo poco. ¿Estoy viviendo con la mirada puesta en el Señor? ¿Qué pequeño gesto de amor, ayuda o entrega puedo realizar esta semana para que mi fe se traduzca en obras concretas?

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL

_____

_____

_____

_____